

dación, y aquélla paz debe ser previa a la paz con la naturaleza. Para ello, es necesario reconocer la insuficiencia de los estados nacionales para la solución de la crisis ambiental, dada la interdependencia ecológica de la tierra. También es necesario, sostiene Ballesteros en el capítulo siguiente, reconocer los derechos humanos al medio ambiente, que no son los derechos de las rocas, las plantas y los peces, sino derechos estrictamente «humanos», llamados de la «tercera generación», que tienen por sujetos a los hombres y como objeto una conducta sobria y conservativa para con el medio ambiente. En este punto pone de relieve el autor que el principal peligro para el sistema ecológico proviene de la mentalidad economicista, que exclusiviza al mercado y somete a sus exigencias tanto al hombre como a la naturaleza.

El último capítulo contiene un breve estudio de la familia como clave del ecologismo personalista, remarcando la necesidad de superar la concepción exclusivamente patriarcal de la familia, que aplica a los hijos el concepto de propiedad, y pasar a una visión de ella que supone la igualdad de deberes entre el hombre y la mujer. Termina el libro con una extensa y cuidada bibliografía, que incluye casi todo lo que de relevancia se ha escrito sobre el tema.

Aunque a veces peca de un excesivo idealismo, sobre todo en temas como el internacionalismo y el pacifismo, el libro de Ballesteros significa un baño de sensatez en una temática llena de excesos y aun de auténticos dislates. Sobre todo, es especialmente acertada su defensa de una actitud que sea a la vez ecologista y personalista, evitando los extremos del salvajismo y de la tecnocracia. Además, se trata de un libro breve y bien escrito, lo que se agradecerá especialmente por los maltratados lectores de nuestros días, y que sirve de certera orientación en una problemática tan actual como poco clarificada.

Carlos Ignacio Massini Correas

AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, *La sinrazón metafísica del ateísmo*. Prólogo de Stanislaus Ladusans S. I. Universidad Regiomontana-Publicaciones Paulinas S. A. México 1995. 252 páginas.

Agustín Basave Fernández del Valle —autor prolífico, rector emérito del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad Autónoma de Nuevo León, miembro fundador de la Sociedad Mexicana de Filosofía y rector emérito de la Universidad Regiomontana—, a través de las páginas que componen la obra que nos ocupa, ofrece un análisis exhaustivo de una cuestión siempre viva, viviente y de permanente consideración filosófica o, mejor, metafísica: el ateísmo. El ateísmo —multiforme rechazo de Dios en la vida y en la cultura— llegando a ser hasta antiteísmo, es considerado un fenómeno ampliamente difundido en el mundo actual.

En su luminoso prólogo, Stanislaus Ladusans señala que el ateísmo actual, extensamente difundido y militante, invade todo negativa y pluridimensionalmente. Ante todo, el ateísmo invade hábilmente la interioridad humana para romper la relación de la creatura racional y libre con su Creador. Ésta es la dimensión «suprahumana» del ateísmo que repercute negativamente sobre las otras dimensiones, a saber: la dimensión «intrahumana», obliterando la dignidad del hombre como persona; la dimensión «interhumana», degradando las relaciones del hombre con el hombre; la dimensión «infrahumana», pervirtiendo la relación humana con las realidades terrestres (p. 13). Es el hombre un «ente te-

otrópico y deiforme». El hombre, la persona, sabiéndolo claramente o sin saberlo, es un buscador de Dios, un ser teotrópico que está orientado hacia Dios. Como hombres, como personas, somos *siendo* hacia Dios, sabiéndolo, *saboreándolo* o no; somos buscadores de Dios, de la divinidad a la cual advertimos como Fundamento —Ser Fundamentante—.

Basave, quien ve en el ateísmo una cuestión viviente y de permanente consideración metafísica, evidencia a través de esta obra que las razones del ateísmo actual son de orden extrarracional; no de orden racional-metafísico. De ahí la mayor consideración que el autor da a la vía existencial en comparación con la vía racional. En efecto, en Basave hay una preferencia de la vía existencial que conduce a la divinidad: la vía existencial religiosa (cap. XVI, § 7), que también llama «aventura existencial religiosa» y la considera «personalísima, intransferible, incanjeable» (p. 196). La preferencia del autor por esta vía como camino a lo divino aparece expresada del modo siguiente: «Por brillantes y sólidos que sean los argumentos filosóficos no hay que olvidar que el discurso o la razón racionante está mezclada —en la mayoría de los hombres— con las facultades emotivas e intuitivas». Basave muestra esta vía en Agustín y en Scheler. De este último cita las magistrales palabras iniciales de su obra *Vom Ewigen im Menschen (De lo eterno en el hombre)*: «Siempre que el hombre se siente removido o conmovido hasta su último fondo, sea por el placer o por el dolor, no puede huir de esa hora sin que se levanten sus ojos interiores, espirituales, a lo eterno y a lo absoluto y lo anhele en voz alta o baja secretamente o en la forma de un grito aunque sea inarticulado».

Destaca Basave que también el arte tiene su vía de acercamiento a Dios. La belleza trasciende las cosas bellas y revela su nexa con lo infinito. En la experiencia creadora del escritor, del músico o del pintor hay una marcha espiritual, por oscura que parezca, hacia Dios. Basave nos invita a descubrir, a develar el testimonio de Dios en nosotros. En tal sentido, hace notar que la búsqueda de la verdad y de la plenitud se hace en comunidad amorosa. La propuesta del autor es: «re-convertirnos constantemente: renunciar a una existencia segura y estable; *saber* creer [destaco el sentido de *sapere* como *saborear*], saber esperar, saber amar. Entonces, y sólo entonces, a la búsqueda sucederá el encuentro o el re-encuentro, porque también Dios se nos pierde o, mejor dicho —acota Basave—, lo perdemos en el horizonte vital» (p. 194)».

Porque somos seres *teotrópicos*, considera Basave, no renunciamos al propósito de acercarnos más y más a la Deidad, aunque nos demos cuenta de que la razón no llega a iluminar del todo el misterio de Dios. Basave insiste en un punto al que esclarece a través de toda la obra: no es que Dios sea antropomórfico, sino que el hombre es *deiforme*. El deseo, la necesidad de Dios se presentan, aparecen en el hombre, en la persona, porque éste es un ser *afín a lo divino*.

En y desde su aspiración a lo que denomino «síntesis sapiencial», Basave propone juntar la búsqueda de la filosofía con la búsqueda de la religión. Si somos seres teotrópicos, nuestro deseo es necesidad de lo divino, que vive, que inhabita en cada quien, en cada persona. Es necesidad de un Dios vivo, viviente. Considera Basave que tener el sentido de Dios, tener el deseo, la necesidad de un Dios *vivido*, encarnado, es tener la intuición misma del ser y sentir que Dios vive. Y este Dios vivo es *Amor vivo* que nos compromete a vivir amorosamente; es el Dios *presente*. En suma, es el Dios que nos hace vivir. De ahí que la búsqueda de la filosofía, «aunque abierta a la salvación que nos salva», por razón de su sujeto, el hombre, la persona, haya de integrarse a otras búsquedas, v. gr., a la de la religión, con su apertura y su respuesta salvífica, liberante-liberadora.

Basave, quien ve en el filosofar *un imprescindible menester de ubicación y autoposición*, nos ofrece en esta obra la expresión, el fruto de lo que es y ha sido, en el espacio y en el tiempo, reflexión prolongada en el silencio de su meditación.

Matilde Isabel García Losada

JUAN MANUEL BURGOS, *La inteligencia ética. La propuesta de Jacques Maritain*. Peter Lang Verlag S. A. (=Publications Universitaires Européennes. Serie XX Vol. 481). Berlin-Bern-Frankfurt am Main-New York-Paris-Wien 1995. 240 páginas. ISBN 3-906754-26-X.

Si por algo es posible caracterizar al pensamiento ético —el pensamiento serio, se entiende— de nuestros días, es por la cantidad de ensayos de reformulación, reinterpretación y refundamentación de las nociones de pensamiento práctico, razón práctica, verdad práctica, etc., dentro de la amplia tradición realista de origen aristotélico. Finnis, Grisez, MacIntyre, McInerney, en el ámbito anglosajón; Giuseppe Abbà y Vittorio Possenti, en Italia; Martin Rohnheimer, Fernando Inciarte y Robert Spaemann, en las naciones de habla germana y varios más en otros países, han desarrollado una ingente tarea para poner al día y profundizar toda la problemática de la sabiduría práctica, que ha sido puesta sobre el tapete a partir de la difusión del movimiento llamado de rehabilitación de la filosofía práctica. En el presente libro, Burgos incorpora a ese debate las ideas de Jacques Maritain acerca del puesto de la razón en la ética, incorporación que resulta de especial importancia, toda vez que el filósofo francés desarrolló ampliamente la problemática, llegando a introducir concepciones novedosas, muchas de ellas discutibles.

Burgos analiza con especial prolijidad los principales temas vinculados al tema de la inteligencia ética, tarea en la que demuestra un amplísimo conocimiento de la obra de Maritain, así como de la principal literatura existente sobre ella. De este modo, el autor estudia la división entre el conocimiento especulativo y el práctico, la noción de verdad práctica, el tratamiento maritainiano de la experiencia moral, la articulación entre fin y valor, el conocimiento moral por inclinación, el desarrollo efectuado por Maritain de la doctrina de la ley natural y de su conocimiento, los juicios de conciencia y la introducción del valor en la existencia a través de la acción de la prudencia. En casi todos estos temas, Burgos parece compartir las opiniones fundamentales de Maritain, ya que no le efectúa críticas de fondo y elogia la actitud innovadora del autor estudiado cada vez que éste parece apartarse de la tradición tomista.

Por ello, quedan sin resolver en el libro varias de las aporías planteadas por opiniones personales de Maritain, opiniones que han sido objeto numerosas veces de críticas e impugnaciones. Entre ellas cabe destacar la opinión maritainiana según la cual la verdad práctica radica en las acciones y no en el juicio, tal como es la enseñanza constante de Tomás de Aquino y como lo pone de manifiesto una somera indagación del asunto. Efectivamente, las conductas humanas son buenas o malas, no verdaderas o falsas y llamar «verdad» a la adecuación de la conducta a la norma es transformar la noción de verdad en meramente equívoca y no llamar a las cosas por su nombre. Esto dando por supuesto que no puede hablarse de analogía en el caso de dos relaciones inversas.

También resulta incomprensible —al menos para mí— la afirmación de Maritain en el sentido de que el conocimiento de la ley natural es «no conceptual»; no alcanzo a ver cómo